

presentado como una experiencia político-social (p. 222), y los temas de la primera novela se transforman o reducen a esta nueva función; "el tema literario ya no consiste en la discusión de los libros de caballería y de la novela pastoril; esa enorme masa literaria queda reducida al primer *Quijote* (al principio), y en posición paralela y antitética (al final) el falso *Quijote*" (p. 218). Lo que se destaca en el segundo *Quijote* son los motivos que acompañan a la acción única: la representación, la casa, el dinero, los animales, los consejos. En 1605 toda la corriente metafísica va a dar a la aventura de los batanes; en 1615, todo el sentido social cristaliza en la aventura de Clavileño (p. 317).

He tratado de presentar la orientación del libro de Casaldueño. Quedan por señalar muchos de los aspectos que lo hacen indispensable para el lector de Cervantes y para el estudioso del Barroco español, por ejemplo el análisis de las ideas del novelista sobre la literatura pastoril según se reflejan en el *Quijote*, o la caracterización del estilo tan importante en el Siglo de Oro. Lo que se necesita ahora es hacer accesible este progreso en la lectura del *Quijote*, incorporar este avance a una nueva edición crítica de su texto. Es importante leer ambas novelas teniendo en cuenta todas las referencias que hay en ellas: "El arte de Cervantes no es un arte simbólico, como lo son, por ejemplo, los autos sacramentales; pero el arte de su época, el arte barroco, puede ser gozado en su plenitud únicamente al darnos cuenta del sistema de referencias que lo mantiene" (p. 272).

RAQUEL KERSTEN

The University of Montana.

RICARDO GULLÓN, *Direcciones del modernismo*. Gredos, Madrid, 1963; 242 pp. (*Campo abierto*, 12).

Ricardo Gullón ha reunido en este volumen varios ensayos cuyo tema central es el modernismo literario, considerado como una época y no como un movimiento o una escuela. Basándose por una parte en las ideas de Juan Ramón Jiménez, y por otra en la ausencia de un manifiesto o programa del modernismo, considera que éste no es homogéneo. Los escritores modernistas —dice— siguen diferentes corrientes ideológicas y mantienen posiciones distintas, cuando no opuestas. Lo que hay es un fenómeno "epocal", hecho de voluntad de estilo y de exotismo, que se sitúa entre 1880 y 1940 aproximadamente, y que incluye a Díaz Mirón, Casal, Darío, Machado, Silva, Juan Ramón, Martí y Unamuno. Sostiene Gullón que la esencia del modernismo no reside en la utilización de elementos lujosos o exóticos, como tanto se ha repetido, sino en el modo de utilizarlos, es decir, en las particularidades de una voluntad artística que fue fruto de una nueva sensibilidad. Estos elementos, símbolos de la belleza, representaban una protesta contra la imagen de la realidad que se les imponía a los artistas. "La rosa o el cisne sirven para que el hombre viva humanamente, y a veces pueden alzarse como enseña de rebeldía. En la edad de oro del capitalismo, cuando nada parecía tener sentido si no pro-

ducía ventajas económicas, los rebeldes contra la ola materialista levantaron la bandera de la belleza pura" (p. 48).

En un comienzo —escribe Gullón— el exotismo es la credencial que identifica a los poetas rebeldes; pero a medida que pasan los años van surgiendo "direcciones" más precisas: renovación del estilo (introducción de palabras nuevas, búsqueda de la musicalidad), simbolismo y decadentismo, cosmopolitismo y provincianismo, y también corrientes de misticismo. Estas diferentes direcciones del modernismo se acentúan en unos poetas más que en otros, pero en un primer momento son siempre expresión de la reacción a lo que ha predominado en el pasado. Porque esta nueva sensibilidad estética va de la mano con un cambio en el pensamiento, cambio en el cual colaboran la filosofía, la ciencia experimental, el maquinismo y las luchas sociales. El esteticismo modernista —concluye Gullón— no es una evasión de la realidad, sino una manera de encararla: los poetas dominados por la angustia buscan en la poesía el sustituto de la religión y la superación de la aniquilación y de la nada.

El segundo ensayo es un comentario de las ideas de Juan Ramón Jiménez sobre el modernismo. El poeta de Moguer fue el primero en señalar la influencia decisiva de Bécquer en la interiorización y el sentimentalismo de un Machado o un Unamuno. Ante la pretendida división entre modernismo y generación del 98, Juan Ramón reaccionó aclarando que ésta designa un movimiento político y aquél una manifestación estética. Situó como cúspides del modernismo a Darío en lo "exterior" y a Unamuno en lo "interior", y habló de un siglo modernista: el nuestro. Relacionó el modernismo literario con el movimiento teológico alemán, y en 1935 consideró al modernismo, no sólo como un fenómeno literario, sino como una actitud mucho más amplia, que buscaba ante todo la belleza sepultada en el siglo XIX por "un tono general de poesía burguesa", o sea trivial, vulgar.

La evolución que en todos los órdenes se efectuaba en el siglo XIX provocó en los artistas una reacción a la que muchos llamaron evasión, y que se expresó en la búsqueda de otros campos de inspiración, como fueron el indigenismo y el exotismo. Al examen de las causas y manifestaciones de estas dos direcciones modernistas dedica Gullón sendos ensayos. Comienza afirmando que si existe una evasión en el modernismo, ella reside en la huida hacia el pasado en sus formas legendarias: la exaltación de los héroes indígenas responde quizá a la búsqueda de una encarnación o un símbolo del pueblo. Enumera después los diferentes aspectos del exotismo: las extravagantes formas de vida y maneras de vestir de los jóvenes poetas, el ansia de otras tierras, que se manifiesta en viajes reales o en nostalgias y sueños (¡el París de los modernistas americanos!), y la incomunicación en que se sumen algunos, ya sea por el aislamiento en que viven, ya por la incompreensión con que choca su poesía. Indigenismo y exotismo son, para Gullón, expresión de algo muy profundo: el deseo de transformar la realidad social ambiente.

Poetas "comprometidos" y activos como Martí y González Prada encontraron salida y causa a su rebeldía, lo que no sucedió con Casal

o con Silva. Pero el alcoholismo, la mugre y el suicidio, como observa Gullón, son también formas de protesta contra la sociedad. Hubo también reacción contra la ciencia y contra la preocupación burguesa por lo claro y lo llano. A semejanza de los románticos, los modernistas se burlaron del burgués, y una razón de la dificultad de sus imágenes y de sus esquemas métricos es justamente esa orgullosa conciencia anti-burguesa.

El modernismo de Machado —prescindiendo de los versos de dedicatoria al libro *Ninfeas*, de Juan Ramón, y de ciertos rasgos de la primitiva versión de *Soledades*, más tarde suprimidos— no está, según Gullón, en los elementos decorativos, sino en lo profundo de una actitud de hombre y de una sensibilidad de poeta. Machado, angustiado por el tiempo, siente que la permanencia puede encontrarse en la poesía, siempre que en ella se exprese el sentimiento profundo y verdadero. En su obra, la vaguedad y los sueños son recreaciones de un pasado recordado e imaginado. La “verdad” del pasado, remoto o próximo, es siempre huidiza, pero se refugia en los sueños, y en ellos y en los recuerdos vuelve a vivir el poeta. Así, Machado nunca sale de sí mismo; sus poemas quedan estáticos en el tiempo, y producen la sensación de que “el devenir no existe: sólo la eternidad” (p. 153).

Gullón estudia también a Manuel Machado y a los esposos Martínez Sierra, pero teniendo siempre presente a Juan Ramón Jiménez, cuyos recuerdos aprovecha para darnos una visión a la vez amena y precisa del ambiente en que vivieron estos poetas y de las relaciones que hubo entre ellos.

Finalmente analiza Gullón, en un ensayo de conjunto, el desarrollo paralelo del modernismo en España y en Hispanoamérica. Tenemos aquí seguramente el programa o el germen de una serie de trabajos futuros sobre cada uno de los poetas de esta época, tarea que deberá culminar en una clara definición de las características de la voluntad de estilo, la cual, según Gullón, es el nexo principal que entre ellos existe. En esos trabajos se nos explicará, sin duda, la extraña prolongación de la época modernista hasta el año 1940, y la inclusión, dentro de ella, de los poetas surrealistas.

Estas *Direcciones del modernismo* vienen a completar la labor que Gullón inició al lado del gran poeta de Moguer en la Universidad de Puerto Rico, y que ya ha dejado otros valiosos frutos: *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez* (Buenos Aires, 1960), *El modernismo: notas de un curso*, volumen editado por Gullón y por Eugenio Fernández Méndez (México, 1962), en el cual se publica un ciclo de conferencias leídas por el poeta en 1953, y las amenas *Conversaciones con Juan Ramón* (Madrid, 1958). Posteriormente, en *Relaciones entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez* (Firenze, 1964), recogió Gullón cartas y documentos con una amplia introducción que también aporta datos importantes para el estudio de los dos poetas y de su época.

MARÍA JOSEFINA TEJERA